

Guillermo Fernández y las artes visuales

ADVERTENCIA

*M*e pidieron escribir un texto sobre la relación de Guillermo Fernández con las artes visuales; seguramente porque fui uno de sus amigos más cercanos durante los últimos años y por mi formación en historia del arte y mi labor como artista. Espero no decepcionarlos. Este texto será lo que tenga que ser.

En primer lugar, este texto no debería ser. No debería estar escribiéndolo o debería hacerlo en otras circunstancias: para celebrar los 80 años que Guillermo cumpliría el 2 de octubre —¡2 de octubre no se olvida!— de este 2012, si una mano que traicionó su confianza no le hubiera arrebatado la vida, dejándonos huérfanos a tantos.

En realidad, debería, ahora, como tantas veces, estar en casa de Guillermo, platicando sobre nuestras pasiones compartidas, entre alcohol y humo, mientras la pasta se cuece.

¿Cuáles eran esas pasiones? La poesía, la música —más suya que mía— y, ciertamente, las artes visuales. Los amores que compartíamos y que ahora resultan extraños, como los habitantes de su *Carta de Nonoalco*.

ALGUNOS LUGARES

Guillermo siempre fue un misterio para mí. Platicando con amigos comunes, con Rocío Franco, me di cuenta de que cada uno conoció a un Guillermo diferente. Le gustaba fabular sobre su existencia, ya de por sí azarosa. Una vez lo oí afirmar, sin que se le notara la mentira, que él era porteño y que ya no tenía acento argentino porque llevaba muchos años en México.

Desdeñaba sus méritos, que no eran pocos ni insignificantes. Ciertamente, fue uno de los poetas mexicanos más notables del siglo XX, pero siempre confió a las manos de sus amigos el destino de sus versitos y, sin duda alguna, fue el traductor más importante del italiano a nuestra lengua, tanto por la calidad como por la cantidad de lo traducido.

Guillermo nunca presumió de lo que sabía. Decía que no entendía de filosofía, que le resultaba somnífica, que a las dos páginas aventaba los libros; no era cierto, había leído a los filósofos, a quienes citaba de repente; amaba a Cioran, el pensador del desencanto, al clínico que no se suicidó porque existía la música, y a María Zambrano, quien dijo que, y no por ser mujer, nunca podría dedicarse a la filosofía, y se dedicó a ella fatalmente, y fue una de las pensadoras más claras del siglo XX, siempre preocupada por la relación entre la poesía y el conocimiento, entre la poesía y el ser. Guillermo decía lo mismo de la teoría literaria. Una noche, buscando un libro en su biblioteca, me sorprendí con los *Ensayos de poética* de Roman Jakobson. —¿No que no, Guillermo? —Era la época; había que leerlo —me contestó.

Más que un académico —a quienes detestaba—, Guillermo era un hombre sabio, que, como todo hombre sabio, no presumía de serlo.

Pero, volviendo a nuestro asunto, que son las artes visuales, debo advertirles que no esperen un sesudo ensayo sobre sus relaciones intertextuales con la poesía de Guillermo. Esto será una visita a algunos lugares donde estuvimos juntos; a veces, durante largas horas, como cuando hablábamos de nuestros amados Leonardo y Miguel Ángel; otras, fugazmente, como viajeros apresurados que se detienen un instante para mirar un detalle del paisaje. Puedo ver claramente algunos de estos lugares; para describir otros, además de a la memoria, tendré que recurrir a la imaginación. Finalmente, la memoria siempre es un poco, o un mucho, imaginación.



De *Modelos*, políptico de 45 piezas (2011). Acrílico sobre madera, 10 x 10 cm: Martha Delgado Ponce.

UNA ESTATUA FUNERARIA

Visitando un cementerio en Florencia, Guillermo se encontró con una estatua funeraria que representaba a un niño. Por algunos detalles, se dio cuenta de que era un retrato. No puedo imaginar esa estatua sin el gusto *kitsch* que suelen tener tales representaciones. Viene a mi mente el *Manneken pis*, el famoso niño que orina, de Bruselas.

Posiblemente la estatua tenía hoyuelos en las mejillas; entonces, sonreía como quien paladea goloso un secreto que no va a revelar; tal vez tenía el cabello rizado, como un efebo griego, o quizás su actitud era triste, pensativa; nunca lo sabré. Sin embargo, algo hubo en esa estatua que atrapó a Guillermo. Visitaba continuamente el cementerio para pasar largo tiempo con ella. ¿Acaso le repetía *Isabel*, *Estambul*, *Nueva Zelandia* como un conjuro? ¿Guillermo veía en ella al hijo que fue demasiado poco, pero que lo persiguió toda la vida; o al hijo que tuvo y perdió; o al hijo que nunca tuvo?

Un día, el guardián del cementerio comunicó a Guillermo que los padres del niño ahí enterrado lo invitaban a cenar. De inmediato supo que habría problemas. Amablemente, con esa cortesía



De *Modelos*, políptico de 45 piezas (2011). Acrílico sobre madera, 10 x 10 cm: Martha Delgado Ponce.

europea que a veces es una crueldad infinita, le prohibieron seguir visitando la tumba.

El niño era Ninní y vivió seis años (1934-1940). Guillermo escribió sobre él uno de sus poemas más conocidos, que lleva su nombre, incluido en *Bajo llave* (1983). En él, le promete que algún día volvería para hablarle de *Isabel*, *Estambul*, *Nueva Zelandia*.

Guillermo, después de tantos kilómetros y tantos días que pasaron como *caballos negros con crineras blancas* entre ustedes, ¿reencontraste a Ninní, ese niño que fuiste tan poco y tan siempre, ese hijo perdido? ¿Él te esperó como tu ángel? ¿Tienen una isla en el Atlántico? ¿Le hablas de *Isabel*, *Estambul*, *Nueva Zelandia*?



De *Modelos*, políptico de 45 piezas (2011). Acrílico sobre madera, 10 x 10 cm: Martha Delgado Ponce.

POSEIDÓN DE ARTEMISIO

Esa mañana, Guillermo se levantó muy temprano; quería visitar el Museo Arqueológico Nacional de Atenas antes de que fuera imposible recorrerlo por la presencia de demasiados turistas; Guillermo, que siempre fue un individuo, detestaba a las masas.

No son pocas las maravillas que alberga este museo, como el *Efêbo de Marathon* y la máscara de oro de Agamenón. Pero el instante de gracia de Guillermo ocurrió frente al *Poseidón de Artemisio*, un bronce robado al mar, que corta el aliento, a pesar de que falta el tridente del dios y de sus ojos vacíos, o tal vez porque la ausencia del tridente y el vacío de sus ojos gritan un mundo perdido, una



De *Modelos*, políptico de 45 piezas (2011). Acrílico sobre madera, 10 x 10 cm: Martha Delgado Ponce.

cultura que dio a luz a Occidente, pero que no es la nuestra, de la que sólo tenemos vestigios, como la poesía de Safo, de la cual únicamente conocemos fragmentos —algunos muy breves, sólo un par de palabras, unas sílabas sueltas— y referencias: una grandeza que sólo podemos imaginar.

Guillermo lloró frente al *Poseidón de Artemisio*. De repente, volvió la cabeza. Una mujer oriental también lloraba frente a la estatua. No hubo necesidad de palabras. Con toda naturalidad, Guillermo y la mujer se abrazaron muy fuertemente por largo tiempo, mezclaron sus lágrimas. Estamos solos, la soledad es la condición humana, pero a veces, en ocasiones milagrosas, podemos

establecer una comunión —que no es común unión, sino excepción— con alguien, alguien con quien podemos compadecernos, padecer con. La naturaleza del sujeto es estar sujeto al otro. ¿No es así, Guillermo?

REMEDIOS VARO

Siempre que hablábamos de la poeta uruguaya Marosa di Giorgio —en su caso, qué bien empleada la palabra: Marosa poeta—, terminábamos hablando de Remedios Varo, la pintora surrealista española refugiada en nuestro país. A Guillermo le parecía que los mundos de Marosa y Remedios eran muy similares: el mismo cuidado en el detalle —Marosa cuidaba hasta la última coma y utilizaba la puntuación de manera poco usual; en su caso, una coma puede cambiar el sentido de todo un poema, y Remedios pintaba con pinceles delgadísimos, con los que podía lograr texturas tan sutiles y plasmar elementos tan pequeños, que resultan difíciles de apreciar a simple vista—; el mismo mundo mágico donde lo animal, lo vegetal y lo no vivo resultan intercambiables; las mismas atmósferas enrarecidas, aparentemente inocentes, pero, en realidad, espantosas —más en Marosa, que, a veces, es de una crueldad que raya en lo insoportable, que en Remedios, que

tiene cuadros tan vitales, tan dichosos como su última obra, y obra maestra, *Naturaleza muerta resucitando*.

Guillermo dedicó a Remedios Varo el segundo texto de su primer libro de poemas en prosa, *Visitaciones* (1964) —del cual renegaba continuamente por su supuesto barroquismo.— Cuando decidió hacerle llegar el poema, le informaron que la pintora había muerto hacía unos días. Con ella le pasó lo mismo que con su amado Cernuda, a quien veía pasar por los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, pero a quien nunca se atrevió a dirigir la palabra, hasta esa noche que lo veló en la Funeraria Gayosso. *Para la eternidad* a veces sí es algo, es todo, *un paso de más o uno de menos*.

A Guillermo le gustaba mucho una pintura de Remedios Varo: *La huída*. Pero ahora pienso en *Mujer saliendo del psicoanalista*. Esa mujer de verde que siempre es y no es Remedios, quien se ha quitado la máscara, idéntica a su rostro, y en la mano derecha lleva una canasta diminuta con los restos de su infancia, y con la izquierda, está a punto de tirar a un pozo el rostro de su padre —todo muy freudiano, como correspondía—.

Guillermo, nunca arrojaré tu rostro al pozo del olvido.



De *Modelos*, políptico de 45 piezas (2011). Acrílico sobre madera, 10 x 10 cm: Martha Delgado Ponce.



De *Modelos*, políptico de 45 piezas (2011). Acrílico sobre madera, 10 x 10 cm: Martha Delgado Ponce.



De *Modelos*, políptico de 45 piezas (2011). Acrílico sobre madera, 10 x 10 cm: Martha Delgado Ponce.

MIGUEL ÁNGEL

Creo que Miguel Ángel es el mejor artista de todos los tiempos. Y creo que esta apreciación era compartida por Guillermo, pues podíamos pasar horas hablando de su obra. Miguel Ángel fue escultor, pintor, arquitecto, poeta...

Está *La piedad* Vaticana, una obra de juventud, perfecta en todos sentidos, pero Guillermo prefería *La piedad florentina*. En la figura de José de Arimatea, veía a San Francisco, único santo de su devoción —es cierto, Guillermo no tenía imágenes religiosas en su casa, excepto una del pobre de Asís, en su habitación, al que le dirigía sus últimas palabras antes de dormir, y sus primeras, al despertarse—. Guillermo se decía más cristiano que católico, y más panteísta que cristiano. Por ello amaba al santo que compuso el primer poema en italiano, el *Cántico de las criaturas*, donde dice, entre otras alabanzas: *Laudato si', mi' Signore, per sor Aqua, / la quale è multo utile et humile et pretiosa et casta*.

Y, por supuesto, están los frescos de la Capilla Sixtina. Muchas veces, Guillermo y yo bromeamos sobre el desconocimiento de Miguel Ángel del cuerpo femenino; decíamos que sus sibilas, por ejemplo, parecían jugadoras de fútbol americano.

Pero nos maravillaba *El juicio final*, con su bellísimo Cristo iracundo, y su San Bartolomé, en cuya piel desollada, según la tradición, Miguel Ángel pintó su autorretrato. *El juicio final*, en cuyo infierno aparecen ya los cuerpos y rostros deformes de José Clemente Orozco, el más grande de los tres grandes muralistas mexicanos.

Guillermo decía que Miguel Ángel fue el mejor poeta de su tiempo, superior aun a Vittoria Colonna y Gaspara Stampa. Yo sólo he leído un par de sonetos en antologías. —¿Por qué no traduces su poesía? —pregunté a Guillermo, quien entonces estaba trabajando con su correspondencia, la cual, como la de Rimbaud, trata principalmente de negocios. —Es difícilísimo —contestó. —Pero, si tú no te metes con ella, ¿quién va a hacerlo? —le repliqué. —Tienes razón, lo haré.

Guillermo ya no pudo traducir la poesía de Miguel Ángel. Esa mano asesina le arrebató la posibilidad.

CASPAR DAVID FRIEDRICH

Fue el máximo representante de la pintura romántica alemana. En su obra, el paisaje encarna las pasiones que agitan nuestras almas.

A Guillermo le desconcertaba *El caminante sobre el mar de nubes*. Un hombre de traje y bastón da completamente la espalda al espectador, mira hacia adelante, a un paisaje que no sabemos si es marino o terrestre; si son rocas entre la espuma o entre la niebla.

¿No es ésta la condición humana, el no saber?

LEONARDO

Cuando hablábamos de nuestro adorado Da Vinci, Guillermo y yo coincidíamos en que fue más científico que artista. Sí, ahí está la sobreevaluada *Mona Lisa* y nuestra amada *Virgen de las rocas*; pero nos ganaban sus dibujos anatómicos.



De *Modelos*, políptico de 45 piezas (2011). Acrílico sobre madera, 10 x 10 cm: Martha Delgado Ponce.

Claramente imaginábamos al maestro, en el invierno italiano, abrigado por el poder de sus cenas, arropado por el manto de silencio que creaban a su alrededor, afanándose en diseccionar el cuerpo de un ahorcado reciente.

Por eso, cuando leímos el *Código da Vinci* —sólo la mitad, pues no pudimos pasar más allá de ese vomitivo guión cinematográfico travestido de novela—, nos resultó increíble. Leonardo no era un hombre religioso, mucho menos dado al esoterismo. Sabemos que sir Isaac Newton escribió muchas más páginas sobre alquimia e interpretaciones esotéricas de la Biblia que sobre física; pero Da Vinci, no.

POMPEYA

Guillermo durmió varias noches en Pompeya. ¿Tal vez en la lujosa Casa del Fauno, o en la Casa del Poeta Trágico, o en el lupanar?

La erupción del Vesubio que sepultó a Pompeya y Herculano detuvo el tiempo, las preservó para la eternidad.

Las figuras más dramáticas de estas ciudades no fueron hechas por la mano del hombre, sino por la muerte. Las cenizas ardientes del Vesubio carbonizaron los cuerpos de hombres y animales, y los sepultaron. Siglos después, los arqueólogos que realizaron las excavaciones de Pompeya y

Herculano, inyectaron yeso en los huecos dejados por el material orgánico desaparecido, obteniendo una especie de esculturas fantasmales, de verdaderos fantasmas detenidos en sus últimos momentos.

Imagino que Guillermo pasó esas noches platicando con esos espectros; con la pareja a quien sorprendió la muerte haciendo el amor, y quedaron en un abrazo eterno, como Paolo y Francesca, según Dante, los amantes del primer círculo del infierno que, en su amor, hallan consuelo.

CANTORÍA DE LA CATEDRAL DE FLORENCIA

En relieve, vemos a los niños cantores, de un realismo impresionante, chiquillos con hoyuelos en las mejillas, sonrientes, con miradas pícaras. Así era la mirada de Guillermo, quien siempre nos aventajó, quien siempre fue más joven que nosotros, aunque nos doblara o triplicara la edad.

El niño que fue Guillermo, el padre, visitaba continuamente la catedral y pasaba largo tiempo contemplando la cantoría. Hasta que un guardia, en una ocasión nefasta, le dijo: —¡Debería darle vergüenza!

¡No, señor guardia! ¡Debería darle vergüenza a usted! ¡Bendito sea usted y toda su raza de guardias de museo, que siempre me hacen sentir que el placer estético, como todos los placeres, tiene mucho de pecaminoso!

En una ocasión, una de sus hermanas guardias de museo increpó a una pareja de muchachos que recorrían el Museo Nacional de Arte tomados de la mano. ¡En la sala donde se exhibe un retrato de Salvador Novo titulado *El taxi*, obra de Manuel Rodríguez Lozano, donde se ve a maese Nalgador Sobo en bata, en un carro que recorre San Juan de Letrán, la calle, en esos tiempos, de la prostitución masculina; y pinturas de Abraham Ángel, el angelito adolescente que fue erómenos de

Rodríguez Lozano! ¡No, señores guardias de museo! ¡Bravo por su entrega a tan noble oficio! ¡En sus manos descansa nuestro patrimonio artístico! Pero, por favor, ¡un poco más de información y sensibilidad, mis queridos lebreles!

AUSENCIAS

Una de las últimas veces que nos vimos, Guillermo me pidió que le mostrara mi Ciudad de México, con su tianguis del Chopo donde los punketos leen a Gramsci, lo cual le dio mucho gusto, aunque no lo creyó del todo, quería verlo. Nos quedó pendiente.

Como quedó pendiente que discutiéramos más sobre la importancia para el arte contemporáneo de la obra de Andy Warhol, a quien yo amo y a él le resultaba vomitivo, pues representaba al imperio que tanto odiaba. Tal vez hubiera pensado lo mismo de David LaChapelle, pero no sé qué hubiera dicho de Nan Goldin y Cindy Sherman, o si le hubieran gustado las perturbadoras fotografías de Joel-Peter Witkin, o si conocía al encantador y perturbador Robert Mapplethorpe.

Guillermo, debimos hablar más de Lady Gaga, tu Lady Guagua. O de por qué amabas a Ricardo Martínez y Vicente Gandía —de quien tenías, entre muchas otras obras, una hermosa marina—; sé que fueron amigos, más no puedo decir. ¿Por qué una pintura de Antoni Tàpies parecía, pero no era, una pared descascarada? ¿Qué te atraía de la violencia de Francis Bacon? ¿Qué viste que te gusto en el trabajo de Rocco Almanza y en el mío? ¿Acaso nuestros demonios guiñaron a tus demonios?

UN PINO EN FLORENCIA, UN CIPRÉS EN TOLUCA

En el Jardín botánico de Florencia hay un pino llamado Guillermo. Fuera de la casa de Guillermo,



De *Modelos*, políptico de 45 piezas (2011). Acrílico sobre madera, 10 x 10 cm: Martha Delgado Ponce.

en Toluca, hay un ciprés llamado Satoru. Hay una historia de amor, una promesa, las palabras que se intercambian los amantes.

Los cipreses, por ser árboles perennes, son símbolo de eternidad, antorchas siempre ardientes. Hay cipreses en *La isla de los muertos*, serie del pintor suizo Arnold Böcklin; guardan la entrada al inframundo.

Los amigos de Guillermo hicimos una promesa que hemos de cumplir: llevar sus cenizas al Xinantécatl, su amado Señor Desnudo.

Guillermo dejó muchos huérfanos. Su muerte es una herida que no dejará de doler en quienes lo amamos. Dios quiera que nos reencontremos bajo los cipreses. Ahí esperan, Guillermo.

Tenango del Valle, julio de 2012LC

SAÚL ORDOÑEZ. Nació en Toluca, México, en 1981. Es licenciado en Ciencias de la Comunicación por el Tec de Monterrey y cursó la Maestría en Historia del Arte en la UNAM. Ha publicado los poemarios "Relación de viaje", en el volumen colectivo *Egogonias* (2001), y *Museo vivo* (2009). Es becario del FOCAEM 2011 en la categoría jóvenes creadores. Recibió el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino 2011 por *Jeffrey (obra negra)*. Textos suyos han aparecido en varias antologías, publicaciones periódicas y medios electrónicos. También ha incursionado en las artes visuales.